

ERLE STANLEY
GARDNER



PERRY MASON

EL CASO DE
LA HEREDERA
SOLITARIA



Un cliente encarga a Mason que identifique quien puso un anuncio personal bastante sospechoso. La anunciante resulta ser Marilyn Marlow, una joven que, al morir su madre, heredó el dinero que le había dejado un rico anciano al que cuidaba. Pero antes de que se haga el reparto de los bienes, los familiares del anciano intentan impugnar el testamento. Cuando Rose Keeling, la testigo clave en la impugnación del testamento muere, Marilyn es acusada, y Mason se encarga de su defensa.

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BARSTOW, Kenneth: Uno de los detectives más atractivos de la Agencia Drake... especialmente cuando se trata de interpretar el papel de un joven palurdo.

CADDO, Dolores: Esposa de Robert, dedicada a vengarse de las demás mujeres que forman parte de la vida de su marido.

CADDO, Robert: Editor de la revista «Corazones Solitarios» y psicólogo que vive gracias a su conocimiento del prójimo.

DRAKE, Paul: Jefe de la Agencia de Detectives Drake, colaborador de Perry Mason, siempre atareado sin poder comer ni dormir.

ENDICOTT, Palmer: Hermano de Ralph, sumamente sospechoso.

ENDICOTT, Parsons, Lorraine: Hermana del anterior, semejante a una estatua de hielo, con intensos sentimientos familiares (incluso la avaricia) y temerosa de la publicidad.

ENDICOTT, Ralph: Hermano del difunto George P. Endicott. Sus huellas dactilares son de suma importancia.

FURLONG, Ethel: Enfermera que sirvió de testigo para el testamento del difunto George P. Endicott.

HANOVER: Fiscal de distrito, verdadera pesadilla de Perry Mason.

HOLCOMB: Sargento de policía; terror de los sospechosos... y de los inocentes.

KEELING, Rose: Otra enfermera y testigo del testamento del difunto George P. Endicott.

MARLOW, Marilyn: Una heredera sin vocación para serlo, cuyo anuncio en la revista «Corazones Solitarios» desencadena la catástrofe.

MASON, Perry: Abogado criminalista, protagonista de esta novela, cuyos métodos no suelen ser muy ortodoxos de acuerdo con la ley.

NILES, Paddington C.: Abogado de la familia Endicott, dispuesto a ayudar a sus clientes a impugnar el testamento del difunto, y furioso al ver que aquéllos se le han adelantado.

STREET, Della: Bella secretaria y colaboradora eficaz de Perry Mason... y enamorada en secreto de él.

TRAGG: Teniente de policía de la Brigada de Homicidios, que ha inventado nuevos y originales métodos para producir la angustia mental.

Capítulo 1

Perry Mason alargó la mano hacia la tarjeta que Della sostenía en alto al penetrar en el despacho particular del abogado.

—¿Quién es, Della?

—Robert Caddo.

Perry Mason estudió la tarjeta y sonrió.

—«Publicaciones Corazones Solitarios» —leyó en voz alta, agregando—: ¿Qué le pasa al señor Robert Caddo, Della?

—Una complicación —rió la secretaria—, derivada de un anuncio publicado en la revista que dirige.

Le entregó a Mason un ejemplar de la revista titulada «Corazones Solitarios».

—Parece una edición barata de un catálogo enviado por correo —comentó el abogado.

—Exactamente lo que es.

Mason arqueó las cejas.

—Bueno, casi lo que es —rectificó Della Street—. En las primeras páginas hay relatos de amor, y después una sección de anuncios clasificados, con una parte sin imprimir en el interior de la portada, que puede recortarse a lo largo de las líneas perforadas a taladro, convirtiéndola en un sobre de correos, con un mensaje en su interior. Y, según me ha contado el señor Caddo, todos los mensajes recibidos en su oficina, con la dirección clara y debidamente escrita, se envían al anunciante a cuyo apartado están dirigidos.

—Muy interesante —comentó de nuevo el abogado.

—Por ejemplo —continuó Della, abriendo la revista al azar—, aquí tenemos el apartado número 258. ¿Quiere usted ponerse en comunicación con el anunciante 258? Lo único que tiene que hacer es recortar la portada posterior a lo largo de las líneas perforadas, escribir su mensaje, doblarlo, y cerrar el sobre, enviándolo por el medio que usted juzgue mejor a la oficina de la revista «Corazones Solitarios».

—Cuénteme más cosas del apartado 258 —sonrió Mason—. Bien, creo que nos divertiremos bastante con el señor Caddo.

Della Street levó el anuncio clasificado con el número 258.

«Dama refinada de cuarenta años, con educación rural, desearía ponerse en contacto con un caballero amante de los animales».

Mason echó atrás la cabeza y estalló en una carcajada. De repente, dejó de reír.

—¿Qué le ocurre, jefe?

—Que esto —explícole Mason— es cómico pero también trágico. Una solterona de cuarenta años, que se crió en el campo, está sola en la ciudad, sin amigos. Probablemente, tendrá uno o dos gatitos... Y además... Bueno, ¿qué aspecto tiene Caddo?

—Contará unos treinta y ocho años, de pómulos altos, orejas grandes, ojos azules, parcialmente calvo, una nuez muy pronunciada, de estatura elevada, pies grandes y se sienta rígidamente y con la espalda muy tesa en la silla. Ni se apoya hacia atrás ni se relaja. Sólo con verle me ha puesto nerviosa.

—¿Y su problema?

—Me contó que no podía decirme nada, que su apuro se debía a ciertas complicaciones muy especiales y que tenía que explicárselo a usted personalmente.

—Bien, echémosle una ojeada —propuso Mason.

—Jefe, no tire la revista —le advirtió Della—. Gertie, nuestra telefonista, se muere por esa clase de historietas. Ahora quiere escribir cartas en respuesta a todos los anuncios, para consolar a los «Corazones Solitarios». ¡Es tan sentimental!

Mason había acabado de hojear la revista, con aire divertido.

—Parece de muy poca calidad —comentó—. Fíjese en el primer relato: «Un beso en la oscuridad», por Arthur Ansell Ashland. Y en la segunda: «Nunca es tarde para Cupido», por George Carthight Dawson... Bueno, veamos a nuestro buen amigo Caddo. Tal vez resulte un personaje muy desagradable.

Della Street asintió, salió a la sala de espera y reapareció con un individuo alto y delgado, escuálido, con una sonrisa estereotipada y vacua destinada, al parecer, a aplacar y ablandar un mundo ante el que se hallase siempre a la ofensiva.

—Buenos días, señor Caddo —saludóle Mason.

—¿Perry Mason, el abogado?

Mason asintió.

Los gordezuelos y fuertes dedos de Caddo estrecharon la mano del abogado.

—Encantado de conocerle, señor Mason.

—Siéntese —invitóle Mason—. Mi secretaria me ha contado que edita usted unas revistas —señaló la que tenía encima de la mesa.

—Exacto, señor Mason, muy cierto —asintió Caddo, con énfasis.

La luz procedente de la ventana incidió esplendorosamente sobre la amplia frente de Caddo, al inclinar éste la cabeza. Sus enormes orejas dominaban su rostro. Parecían moverse acompasadamente con la cabeza, como el movimiento de las orejas de un perro le ayudan a comunicar sus emociones.

—¿Cuál es, exactamente, el objeto de esta revista? —interesóse Mason.

—Es un medio de comunicación por el que las personas solitarias llegan a conocerse, señor Mason.

—¿Se vende en los quioscos?

—No, exactamente. Se vende por varios conductos. Y tenemos, bueno... yo tengo una pequeña lista de suscriptores. Oh, señor Mason, no hay nada tan cruel e impersonal como la soledad en una gran ciudad.

—Creo que este tema ya ha sido objeto de alguna expresión poética —observó el abogado con sequedad.

Caddo le miró rápidamente con sus grandes ojos, y luego sonrió con vaguedad.

—Sí, así lo supongo.

—Bien, estábamos hablando de la revista —le dijo Mason.

—En la misma se publican unas cuantas historietas que atraen a las personas que ansían tener compañía, personas que están solas en la ciudad, solas en la vida. Principalmente, nos dirigimos a las mujeres de cierta edad que temen no volver a ser amadas, a las personas solitarias, en la edad del pánico.

Caddo repitió una serie regular de inclinaciones de cabeza, como si un mecanismo interior acompañase sus declaraciones.

Mason abrió de nuevo la revista.

—Estos relatos parecen muy románticos, a juzgar por los títulos.

—Lo son.

Mason señaló la historieta titulada «Un beso en la oscuridad».

—Oh, no lea esa basura —protestó Caddo.

—Me limito a ver qué clase de narraciones publica usted. ¿Quién es Arthur Ansell Ashland? No recuerdo haber oído mencionar jamás el nombre de este escritor.

—Oh, nunca oiré hablar de ninguno de los escritores que figuran en esta revista, señor Mason.

Caddo tosió despreciativamente.

—Ocasionalmente, es necesario, casi diría imperioso, tener una buena cantidad de historietas, todas ellas del mismo corte, aproximadamente.

—¿O sea, que las escribe usted mismo? —preguntó Mason.

—Arthur Ansell Ashland es un nombre de la casa —admitió Caddo con modestia.

—¿Cómo dice?

—La revista es propietaria del nombre. Podemos publicar lo que queramos con este nombre, que en realidad es un seudónimo.

—¿Quién escribió este relato?

Caddo enseñó los blancos dientes en una sonrisa.

—Yo —aseveró, inclinando varias veces la cabeza para confirmar su declaración.

—¿Y la siguiente, que firma George Carthight Dawson?

Las inclinaciones continuaron al mismo ritmo.

—¿También la escribió usted?

—Sí, señor Mason.

El abogado contempló la luz reflejada en la amplia frente del editor antes de proseguir.

—¿Y esta otra?

No se produjo el menor cambio de ritmo en las inclinaciones de cabeza.

—Por el amor de Dios —exclamó Mason—, ¿redacta usted solo toda la revista?

—Usualmente, sí. A veces, hallo una historia digna de ser comprada a un cuarto de centavo por palabra.

—Comprendo —Mason cambió de tono—. ¿Cuál es su problema?

—¿Mi problema? —gimió Caddo—. ¡Los tengo a millares! Claro, usted se refiere al asunto que me ha traído aquí.

—Efectivamente.

Caddo abrió la revista que Della Street había dejado sobre el despacho del abogado. Con habilidad, nacida de la práctica, fue pasando las páginas, deteniéndose en el anuncio 96.

—Aquí está el problema —indicó.

Entonces, le entregó la revista a Mason, el cual leyó en voz alta:

Soy una joven de veintitrés años, con una cara bonita y buena figura. Pertenezco a un tipo que todos afirman que debiera estar en Hollywood, aunque en Hollywood no opinen lo mismo.

Soy heredera de una fortuna bastante considerable. Estoy harta de la gente que sabe quién soy y que únicamente me corteja por mi dinero. Me gustaría formar otro círculo de amistades. Algún joven presentable de veintitrés a cuarenta años podría escribirme para manifestarme que sabe lo que siento. Así mismo, la persona que me escriba debe contarme algo de su pasado y antecedentes. A ser posible, con una foto. Comunicarse conmigo en el Apartado 96, de esta revista.

Mason frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —inquirió Caddo.

—Se trata de una falsificación —replicó el abogado, ásperamente—. Ninguna heredera inteligente leería su revista. Una heredera con buen tipo estaría demasiado atareada y sería demasiado inteligente para perder el tiempo leyendo esta bazofia, y más aún para enviar un anuncio para su público. Es la clase más barata de explotación.

—Oh, lo siento —balbució Caddo.

—Claro está.

—Siento que usted no lo entienda —rectificóse Caddo.

—Creo que sí lo entiendo. Afirmaría que este anuncio es el resultado de la colaboración de Arthur Ashland y George Carthigh Dawson.

—¡No, no, no, señor Mason, no! —protestó Caddo, levantando una mano con la palma hacia Mason, como un agente de tráfico tratando de contener a un peatón impaciente.

—¿No lo redactó usted mismo?

—Definitivamente, no.

—Entonces, alguien lo hizo por usted —acusó Mason.

—No, señor. Precisamente, ésta es la razón de mi presencia en este despacho.

—Está bien, hable, pues.

Caddo movióse con inquietud en su sillón, bajo la cínica e implacable mirada del abogado.

—Deseo que me crea, señor Mason.

—Cuénteme todos los hechos.

—En este negocio, como en cualquier otro, cuando uno inventa algo, otros siguen también sus huellas. En otras palabras, tengo imitadores, que son mis eternos rivales.

—Adelante.

—Uno de tales imitadores se quejó a las autoridades de que difundió la circulación de mi revista gracias a falsos anuncios.

—¿Y qué opinan las autoridades?

—Me advirtieron que debía retirar este ejemplar de la venta o demostrar que el anuncio es genuino. Y no puedo hacer ninguna de ambas cosas.

—¿Por qué?

—Primero, porque ésta no es una revista corriente, en el sentido usual. Es una especie de folleto. Imprimimos una buena cantidad y los mantenemos en circulación hasta que se venden todos o hasta que ha pasado demasiado de moda y ya nadie contesta a los anuncios publicados. Recoger todos los ejemplares e imprimir otros está fuera de la cues-

tión. Bien, supongo que podría hacerlo, pero resultaría muy costoso y enojoso, y haría falta realizar una gran tarea.

—Si el anuncio es genuino, ¿por qué no puede usted demostrarlo?

Caddo se acarició la mandíbula con unos dedos largos y poderosos.

—Ahí está el quid del asunto —murmuró.

—Si no es un retruécano, prosiga.

La mirada de Perry Mason se dirigió furtivamente a su secretaria.

—¿Cómo dice?

—Nada, siga.

—Bien —prosiguió Caddo, acariciándose aún la mandíbula—, tal vez será mejor que le explique cómo trabajamos, señor Mason.

—Estupendo.

—La única forma en que un lector puede comunicarse con una de las personas anunciantes es comprando un ejemplar de la revista, a veinticinco centavos, escribir un mensaje en la página posterior y enviar dicha página a la oficina de la editorial, debidamente dirigida al apartado con el que desea comunicarse. Entonces, nosotros colocamos el mensaje en el apartado indicado. Nada más. Si el mensaje llega a nuestras manos por correo, es a riesgo del suscriptor. En realidad, siempre sugerimos que nos sea enviado personalmente, pero si el suscriptor vive fuera de la ciudad, suele utilizar el correo.

—Entiendo.

—Bien, la persona que desea sostener correspondencia con otras, responde a varios anunciantes. O sea, que escribe unas diez o quince cartas.

—¿Y tiene que adquirir un ejemplar de veinticinco centavos para cada carta?

—Exacto.

—¿Qué más?

—Tal individuo recibirá probablemente una respuesta a cada una de sus cartas.

—Con lo que el individuo deja de estar solitario y de ser un parroquiano de la revista.

—En realidad, no es así —sonrió Caddo.

—¿No?

—No. La persona que verdaderamente está sola suele estarlo a causa de su carácter, no por su ambiente. O sea, señor Mason, que toma usted una persona sociable, una persona muy popular en su propia ciudad, y la instala en otra donde no conozca a nadie, y al cabo de un par de semanas tendrá ya una multitud de amistades. Naturalmente, con una mujer es más difícil, pero consigue el mismo resultado si es extrovertida. La gente que utiliza las columnas de mi revista, por lo general, son personas de edad madura, con algo en su interior que les impide trabar amistades y comunicarse con otras personas. Una chica normal está ya casada a los treinta años. La que pasa de esa edad estando aún soltera, no por vocación, es fácil que tenga una personalidad que la condene a la soledad, al ostracismo. En otras palabras, erige una barrera entre ella y sus emociones, entre ella y el mundo, pero anhela que alguien derribe tal barrera. A ella, en cambio, le faltan fuerzas para lograrlo.

Caddo hizo una pausa para mirar a Perry Mason y a Della Street, buscando su aprobación.

Luego continuó:

—Sin entrar en la psicología de las personas solas, y puedo asegurarle, señor Mason, que he realizado un profundo estudio de esta psicología, sigue en pie el hecho de que mis clientes son casi siempre muy regulares. Por ejemplo, tomemos el caso de una hipotética señorita X. Tal vez sea una solterona de cuarenta y dos o cuarenta y tres años. Es voluntariosa, está sola y es esencialmente romántica. Sin embargo, hay ciertas inhibiciones mentales que le impiden manifestarse, de modo que únicamente en su soledad mantienen sus pensamientos románticamente gregarios.

Probablemente es la tía soltera de alguien, habiendo convivido quizá con su hermana casada, cuidando de sus hijos hasta que éstos han sido mayores, encontrando entonces como recompensa a sus esfuerzos que en aquel hogar ya no la necesitan ni la desean, o que empieza a ser cada vez más lo mismo que una criada. De modo que comienza a vivir por sí misma y se siente completamente perdida. Mientras vivía con su hermana casada llevó una existencia atareada, con un hombre en la casa, unos niños a quienes cuidar, y la sensación de hacer algo útil. Al vivir sola, le pareció encontrarse en alta mar, encima de un pecio flotante.

—Verdaderamente, habla usted con el mismo estilo que escribe Arthur Ansell Ashland —rió Mason—, pero continúe.

—Alguien le habla a nuestra hipotética señorita X de nuestra revista. Pone un anuncio, un anuncio que entraña cierta desconfianza, usando los viejos tópicos sobre ser una mujer soltera muy refinada, de unos treinta años, que desearía mantener correspondencia con un caballero con el que congeniar. Bien, el caballero con el que sueña sólo existe en su cerebro. Y en realidad, ningún caballero de esta clase se digna contestar a los anuncios de mi revista.

—¿Y los que sí contestan a los anuncios?

—No hay tantos hombres como mujeres. En realidad, no son muchos. Naturalmente, recibimos muchas respuestas, pero algunas sólo son bromas. Es una auténtica diversión para muchos comprar varios ejemplares de mi revista, escribir que son viudos solitarios, con una posición envidiable, con un «Cadillac» y cosas por el estilo, y establecer una correspondencia con varias mujeres anunciantes, sólo en plan de broma. Claro está, es una crueldad.

—Pero cada carta le supone a usted veinticinco centavos de ganancia.

—Sin embargo —replicó Caddo sin entusiasmo, tras asentir—, me gustaría que esta práctica no continuase. Es

cruel y perjudicial para mi negocio, pero yo nada puedo hacer para impedirlo.

—Hábleme de los tipos que no son bromistas —pidió Mason.

—Principalmente, se trata de solterones enamorados del sueño de su niñez, que murió o se casó con otro. Naturalmente, existen algunos aventureros interesados únicamente en los ahorros de la anunciante. En resumen, señor Mason, los hombres que contestan a los anuncios suelen ser unos granujas. No obstante, existe otra clase, la de los jóvenes procedentes del campo, torpes, desconfiados y tímidos. Quieren hacer amistades y no saben cómo.

—Y ayudan a la circulación de la revista.

—En efecto.

—Bien, eventualmente, su hipotética señorita X envía otros anuncios a su folleto.

—Exacto. Yo la mantengo como una lectora constante de mis historietas, que casi siempre tratan de una mujer mal comprendida, que finalmente conoce a un caballero ideal, perfecto, con el que se casa.

—¿Cobra usted por los anuncios?

—En efecto.

—¿Cuánto?

—Diez centavos por palabra, incluyendo el alquiler del apartado.

—Y al parecer, publica muchos anuncios.

—El negocio es provechoso, muy provechoso.

—¿Dijo que la publicación se efectúa a intervalos irregulares?

—Sí, según el número de anuncios recibidos, las respuestas y nuestros remanentes.

—¿Por qué no puede usted descubrir quién es la heredera, si es auténtica?

—A todo aquel que publica un anuncio, se le da un número, el mismo del apartado donde van a parar las respuestas. Son como los apartados de correos. Cada uno se